

*En torno a la construcción de identidades: nación y nacionalismos en el contexto de institucionalización de las Ciencias Sociales en Cuyo*<sup>1</sup>.

María Celina Fares  
mcelinafares@gmail.com  
UNCuyo, FCPyS y FDerecho

## **1. Algunas consideraciones conceptuales y metodológicas**

Un debate central en la problemática sobre identidades sociales, además de las cuestiones de clase, raza/etnia o género, ha sido y sigue siendo la cuestión de la nación y los nacionalismos, como una de las formas más potente de identificación que activa la vida política. La pregunta *¿Qué es la nación?* formulada por Renan a fines del siglo XIX no ha dejado de suscitar nuevos intentos de redefinición de la problemática, con el propósito, nunca alcanzado de llegar a un consenso definitivo.

Desde hace tiempo nos sumamos a las voces que cuestionan -desde diversos abordajes disciplinarios (Antony Smith, 1971; Isafah Berlin, Elías Palti, 2003; Ramon Máiz, 2003; Alejandro Grimson, 2011) el polarizado debate entre perennialistas y modernos, el cual ha tenido como propósito deconstruir la concepción esencialista de la nación, que la concibe como una comunidad que suele presentarse como atemporal y culturalmente homogénea y postular la idea de “invención de la nación” (Ernest Gellner, 1983; Benedict Anderson, 1991; Eric Hobsbawm, 1991) entendiéndola como construcción de las élites políticas e intelectuales, legitimatoria de los estados modernos. En trabajos anteriores me he referido más específicamente a esta polémica por lo cual simplificaré los argumentos de la misma en la siguiente idea<sup>2</sup>.

La revisión encarada por los constructivistas ha hecho un aporte altamente relevante al situar en la historia los procesos de construcción de la nación, quitándole su componente esencialista y naturalizado, y observando la ingeniería utilizada por las élites dirigentes para montar prácticas y mitologías legitimadoras de los estados modernos. Sin embargo, hay que considerar que ciertas versiones extremas suelen exacerbar el carácter de invención, como si esta idea fuera más artificial y menos “real” que otras formas significativas de la cultura política moderna. Acaso la idea de nación es más imaginada/inventada que la idea

---

<sup>1</sup> Parte de este trabajo se encuentra en prensa bajo el título “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en la Facultad de Ciencias Políticas” en *Anuario IHES*, Instituto de Estudios Histórico-Sociales "Prof. Juan Carlos Grosso", Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

<sup>2</sup> Cfr. Fares, M.C., “Perspectivas y abordajes en torno a la nación y a los nacionalismos. Tensiones y complejidades de una problemática inconclusa” en *Millcayac Anuario de Ciencias Políticas y Sociales*, T. 2, Mendoza, UNCuyo., FCPyS., 2009, pp. 111-148.

angloamericana de representación ciudadana? O en realidad es más adecuado afirmar que ambas pertenecen a un relato social significativo pero ficcional que, en la medida que reflejan imaginarios sociales y sustentan determinadas prácticas, terminan instituyéndose finalmente como realidad?

Coincidimos en la necesidad de superar tanto la idea objetiva de nación comunidad homogénea, como la versión descontextualizada de nación, y entender a la nación, como sostiene A. Grimson (2011:161) como *una entidad ontológicamente intersubjetiva y epistemológicamente objetiva*, que requiere ser abordada desde una perspectiva experiencialista, donde a través de la recuperación de los procesos históricos, se pueda dar cuenta de cómo determinadas representaciones y relaciones sociales sostuvieron parámetros culturales que cristalizaron en las formas nacionales particulares.

Desde esta perspectiva constructivista e histórica, observamos los tránsitos y las modulaciones que flexibilizan las tipificaciones modélicas y/o dicotómicas sobre el concepto de nación, relevando elementos políticos y culturales en la configuración de la misma, tanto a través de lenguajes, significaciones e identificaciones, como de prácticas e instituciones concretas y a la vez heterogéneas. Por ello en los estudios de caso, si bien es útil advertir los componentes étnicos o cívicos del nacionalismo, así como el tipo de estado que los viabiliza, también es necesario advertir las relaciones no necesariamente unívocas que los nacionalismos tienden con otras ideologías, tanto el liberalismo democrático, como el conservadurismo, el tradicionalismo o reaccionarismo, pero también con la izquierda, el marxismo o el tercermundismo, así como con posiciones independentistas, antiimperialistas y anticolonialistas, y no sólo desde el punto de vista doctrinario sino desde las experiencias históricas concretas.

En este sentido la observación de las redes de relaciones sociales en las que las representaciones simbólicas fraguan y las formas de circulación, así como los usos y apropiaciones, pueden tanto desde las perspectivas desde arriba, que focalizan as políticas de las clases dirigentes, como en las experiencias de los nacionalismos de abajo, que se manifiestan en los movimientos sociales y en las representaciones culturales populares, pero es interesante rescatar las figuras de los intelectuales que permiten establecer conexiones y distancias entre ambos mundos representacionales configurando mapas más complejos.

Nuestra intención entonces es hacer jugar categorías y revisar ciertos postulados teóricos a través de la reconstrucción de los itinerarios intelectuales de un grupo de historiadores abogados identificados con el nacionalismo que jugaron un papel bastante central en la institucionalización de las ciencias sociales en la UNCuyo, dando cuenta de la

complejidad y vertientes de experiencias históricas, que más que confrontar con la teoría buscan enriquecerla.

Las implicancias metodológicas y epistemológicas de estos planteos, suponen incorporar los aportes que los enfoques contextualistas han realizado a los análisis del discurso, pues priorizan en su interpretación del mundo de las representaciones, la comunidad de sentido en la que se insertan y adquieren una dimensión específica. Esta perspectiva encuentra un canal privilegiado para la cuestión de las identidades nacionales y los nacionalismos en la historia de los intelectuales, que se propone reconstruir sentidos discursivos que articula perspectivas disciplinarias y políticas en contextos institucionales situados históricamente, que no han sido suficientemente indagados.

En este aspecto nos encontramos cerca, aunque las miradas son diferentes, de la sociología cultural, que enfatiza la idea de que toda acción, independientemente de su finalidad-, encierra relaciones de sentido, y por ende, ponen el foco de atención en la interpretación de las prácticas y su significación socio-histórica. Si bien también acuden a un trabajo etnográfico que hace del empirismo una tendencia metodológica insoslayable como lo es para gran parte de las ciencias sociales, la perspectiva histórica resalta las diferencias que nos separan del pasado, en contraste con los intentos de la sociología de hacer del pasado una cuestión inteligible para el presente.

Por otra parte, la idea de que existe una autonomía relativa de la dimensión cultural, en el sentido de no suponer su determinación a priori por condiciones materiales- y la comprensión de la misma como un campo de lucha, cuyas reglas han sido señaladas por Pierre Bourdieu, han operado para los historiadores más como un horizonte de reflexión teórica, que como un método de investigación empírica, pues la construcción de modelos analíticos sigue siendo subsidiaria de los relatos que explican la dinámica específica de los procesos socio-históricos.

En lo que respecta a la tradición historiográfica latinoamericana referida historia de los intelectuales<sup>3</sup> a partir de una serie de caracterizaciones que pretenden dar cuenta del rol social que jugaron los mismos en distintas épocas: desde las élites letradas del antiguo régimen, a los publicistas posrevolucionarios; o desde la figura del pensador, guía, legislador o intérprete en el siglo XIX, así como la conocida diferenciación entre pensadores, expertos e ideólogos de para mediados del XX, permiten establecer las relaciones entre los intelectuales y la esfera pública.

---

<sup>3</sup> Cfr. Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2010 (vol I y II)

En nuestro trabajo la recuperación de las trayectorias biográficas que contextualizan la producción, se inspiran tanto en la *descripción densa* de la antropología geertziana, como en la hermenéutica ricoeuriana, con el propósito de recuperar códigos, narrativas y símbolos, así como redes de significaciones, que alientan la formación de identidades y redes intelectuales que hacen a la cultura política. En esta ponencia sin embargo, por cuestiones de tiempo, nos referiremos más a los contextos que a los textos, prestando atención a los recortes contextuales donde insertaremos luego los relevamientos empíricos. Los itinerarios del nacionalismo en Argentina en segunda mitad del siglo XX, la relación entre universidad y política y la institucionalización de las ciencias sociales son los marcos en los que se insertan las trayectorias nacionalistas que sólo mencionaremos.

## **2. Contextos históricos: nacionalismos en la segunda mitad del siglo XX**

En el desarrollo historiográfico referido a Argentina, *la cuestión de la nación* y el nacionalismo ha cobrado especial relevancia, no sólo para los estudiosos del siglo XIX y del proceso revolucionario y de configuración de los estados nacionales, sino para aquellos que preocupados por los nacionalismos de derecha de los años treinta, advirtieron un itinerario que hundía sus raíces en el siglo XIX, y tendía puentes con el liberalismo acuñado en los inicios de la historiografía nacional<sup>4</sup>. El tema pareció diluirse dentro del impacto que provocó el peronismo, que absorbió gran parte de sus contenidos; sin embargo, en los últimos tiempos, se percibe un creciente interés por el nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX, cuando tras la derrota del fascismo y la caída del peronismo que parecían augurar su extinción, se abrieron líneas de dispersión.

Ciertamente el contexto internacional proporcionó una serie de experiencias que tendrían eco en la Argentina. El proceso de desnazificación en la Europa de posguerra quiso ser el espejo en el que se reflejara el proyecto de desperonización, que proscribía no sólo la actuación política del peronismo, sino sus códigos de enunciación, rebelando la por entonces intangible creencia que identificaba las palabras con las cosas. De hecho, el optimismo reinante entre la coalición antiperonista no permitió advertir el escaso éxito que tendría y menos aún, los efectos contrarios que generaría. Por otra parte, la pervivencia de regímenes autoritarios como el franquismo en España y de agrupaciones nacionalistas tanto en Europa como en América Latina, evidenciaba la capacidad de sobrevivencia de un nacionalismo reaccionario, que acicateado por la expansión del marxismo, hacía pensar en la dificultad para el arco liberal, de cantar una victoria definitiva.

En la Argentina posperonista si bien continuaron ciertas líneas y organizaciones asociadas a las formas fascistas, el grueso del conglomerado nacionalista se desplegó a través de otras vías de

---

<sup>4</sup> El seminal trabajo de Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una Historia*, Bs. As., Siglo XXI, 2002.

organización, tanto partidarias como culturales. Mientras que en un extremo continuaría la tradicional expresión militar de las derechas autoritarias, en el otro se establecerían puentes con las propuestas revolucionarias de la izquierda nacional, mientras desde el centro se buscaban formas de pervivencia dentro de las reglas de juego del constitucionalismo republicano.

Las trayectorias disímiles sin embargo, fueron opacadas en un contexto en que gran parte de la política era recorrida por un sentido común nacionalista que operaba como un fondo homogeneizador, diluyendo las diferentes perspectivas que con el tiempo pasarían de ser controversiales a incompatibles. De hecho, en la década del sesenta, más allá de la distinción entre democráticos y autoritarios, los matices distintivos entre los nacionalistas pasarían primero por la aceptación de las reglas de juego del régimen político proscriptivo, así como por su ambigüa y cada vez más cercana relación con el peronismo y por la expectativa frustrada que creara el frondizismo<sup>5</sup>.

Efectivamente luego de la frustrada experiencia Ionardista, en la cual el intento de reapropiación de la doctrina peronista sin Perón fuera abortada por el arco liberal de la “libertadora”, gran parte de los sectores nacionalistas apoyaron electoralmente el proyecto de integración y desarrollo, pero prontamente se sintieron traicionados por Frondizi ante los virajes que tomara su gestión en materia económica y política.

En este marco, las nuevas generaciones de jóvenes de sectores medios y matriz católica nacional, que haría su aparición como actor social y político, se irían radicalizando en torno a la reactivación de la “cuestión de la dependencia”. En un clima cruzado por las revisiones que encaraba la izquierda, -en esto de interpretar al peronismo como una instancia nacional, ya no inscripto dentro de la familia del fascismo, sino en la lucha contra la oligarquía imperialista-<sup>6</sup>; el contexto internacional proporcionaría experiencias inspiradoras -tanto los movimientos de descolonización como la revolución cubana-, de un horizonte deseable y posible que a través de la vía revolucionaria llegara al socialismo.

En este imaginario de creciente radicalización, era posible advertir no sólo el acercamiento de los jóvenes al peronismo proscripto, sino también las transformaciones de un catolicismo aggiornato a que buscaba desplazar la subordinación del “reino terrestre” al “reino celeste”, e incluso propender a la autonomía de las jerarquías, siguiendo las propuestas de Jacques Maritain y de las experiencias de la democracia cristiana. Se trataba de terminar definitivamente con el hiato

---

<sup>5</sup> Las experiencias concretas de los tránsitos del nacionalismo pueden seguirse en Fares, M.C., *Identidades nacionalistas en los sesenta. La Unión Federal, una efímera experiencia partidaria*, Alemania, Editorial Académica Española, 2011, reedición de *La Unión Federal: ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*, Comentarios: Luis Alberto Romero. Mendoza, UNCuyo- ExLibris-Astrea, 2007.

<sup>6</sup> Cfr. Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina 1955-1966*, Bs.As., Temas, 2001, traza un vínculo entre la generación del ‘60 y el revisionismo de izquierda, en el que el peronismo opera como un reordenador.

que separaba ambas instancias y consagrar la idea de que “el reino de los cielos comenzaba en este mundo”. Con el tiempo la interpretación del evangelio como un mensaje de liberación, promovía la opción por los pobres como una opción indeclinable, que tenía el compromiso transformar el mundo y construir una sociedad más justa y solidaria, entrando en diálogo con el marxismo.

En este contexto, las perspectivas intelectuales del nacionalismo de derecha se reactivarían en torno a los postulados del tradicionalismo católico, desplazando los contenidos antiimperialistas apropiados por la izquierda, frente a la creciente demonización del peronismo y al temor que engendraba la movilización popular radicalizada. En el plano político, la búsqueda de aliados dentro del campo conservador y militar, admitiría incluso no sólo a la derecha liberal, sino también a la burocracia sindical. En un contexto de exacerbación de la hipótesis del “enemigo interno”, lejos de erradicar la conflictividad política, se desarrollarían mayores niveles de crispación entre la cruzada de salvaguarda de los valores del “mundo occidental y cristiano” inspirada en hispanismo y el pretendido camino revolucionario al socialismo nacional, lo cual culminaría en un parteaguas decisivo dentro del conglomerado nacional.

### **3. Universidad y política en el posperonismo**

Planteada así la pervivencia y las líneas de dispersión del nacionalismo en el contexto de alta politización de los sesenta, la Universidad se convierte en un espacio institucional interesante y no lo suficientemente indagado para la observación de itinerarios intelectuales nacionalistas.

En general, los estudios sobre la Universidad de Buenos Aires a partir de 1955<sup>7</sup>, han priorizado una perspectiva que vigoriza la imagen de reconstrucción interna en función de un impulso modernizador, acuñado en el dudoso efecto discursivo democratizador que pretendió encarar “la libertadora”, con el fin de recuperar un espacio para los sectores que habían sido desplazados durante el peronismo. El prestigio de los primeros rectores, el historiador José Luis Romero, designado por el Ministro de Educación Atilio Del Oro Maini, y luego el filósofo electo Risieri Frondizi, vinculados al progresismo antiperonista, contribuyó a crear la imagen de la “edad de oro” universitaria, asentada en la autonomía institucional y en una transformación curricular, cuyos objetivos de transformación social contrastarían con la oscura fase inaugurada en la famosa *noche de los bastones largos* de 1966, considerada el principio del fin para los que diseñaban otra sociedad “posible”<sup>8</sup>.

La conflictividad que implicó primero el proceso de desperonización y luego el debate en torno a la *laica o libre*, evidencian un cúmulo de tensiones que irán creciendo y pondrán en

---

<sup>7</sup> Cfr. Halperín Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Bs.As.*, Bs.As., Eudeba, 2002 (1°ed.1962).

<sup>8</sup> Cfr. Rotunno, Catalina y Díaz Guajardo, Eduardo (comp.), *La construcción de lo posible. La Universidad de Bs.As. de 1955 a 1966*, Bs. As., Libros del Zorzal, 2003.

cuestionamiento la imagen de bonanza de la “isla democrática”, para enmarcar más adecuadamente la problemática dentro de las contradicciones que implicó el proceso de modernización cultural y de radicalización política, en el cual el primero funcionaría como marco legitimatorio de las políticas de desperonización, y el segundo como secuela no deseada de la misma. Ciertamente las políticas de desperonización en las universidades no sólo prolongaron la escisión política proveniente del período anterior, sino que dispararon un giro significativo, sobre todo en los estudiantes, que viraron de la oposición al régimen peronista tanto de las agrupaciones reformistas como las humanistas, a una actitud de simpatía y acercamiento, cuando no inclusión al mismo, asumiendo posiciones cada vez más críticas y radicalizadas frente a los gobiernos de turno.

Es posible entonces recortar los alcances del impulso modernizador de los sesenta señalando la renovación e institucionalización de algunas nóveles disciplinas como la sociología, la psicología, la antropología, las ciencias de la educación y la economía, que fueron priorizando los perfiles científicistas, en detrimento de las profesionalitas, al calor de los nuevos concursos que renovaron los planteles docentes, y en los cuales se expresó claramente la continuidad de las formas de exclusión de aquellos que se consideraban cómplices del régimen depuesto. Los perfiles académicos de aquellos que ganaron los concursos demostraron -según los pioneros estudios de Neiburg,- que si bien la figura erudita del maestro con trayectoria social seguía siendo significativa, se priorizaba los perfiles de los especialistas o expertos, dedicados a la investigación científica, siendo Gino Germani el referente del cientista social que se buscaba, mientras que J.L. Romero trazaría los lazos entre las viejas elites eruditos y los nuevos cientistas sociales<sup>9</sup>.

Por otro lado el estímulo para la investigación que se daba en algunas unidades académicos de la UBA, como Filosofía y Letras y en Ciencias Exactas provendría no sólo del financiamiento estatal a través de las nuevas agencias como Conicet, sino por organismos internacionales como el BID, la fundación FORD o Rockefeller, y de una serie de becas e intercambios con organismo internacionales, que acompañarían la implementación de nuevas metodologías de investigación y enseñanza, dentro de estructuras departamentales y de nuevos centro de investigación, sostenidos por políticas editoriales y de extensión que le daban aún mayor visibilidad. Sin embargo en gran parte del resto de las unidades académicas en el interior, como es el caso de la UNCuyo, pervivirían con fuerza las tradiciones pre peronistas, aunque no fueron del todo ajenas a los procesos de modernización.

Es interesante advertir que las mayores críticas a los procesos de innovación no provendrían exclusivamente de los sectores tradicionalistas sino de la militancia política académica, que pugnaba

---

<sup>9</sup> Cfr. Neiburg, Federico en *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos aires, Alianza, 1998, pp. 215-257.

por la constitución del intelectual comprometido con la realidad política, y desacreditaba las aspiraciones de asepsia política de la concepción científicista atada a los cánones de los países del primer mundo y despegada de la problemáticas nacionales y las necesidades sociales.

Frente a la creciente polémica, la intervención del Onganiato y el desplazamiento de los sectores innovadores, considerados una amenaza para la *seguridad nacional*, dejó sin embargo un espacio desde el cual los sectores más ligados a la militancia encontraron intersticios para resistir la avalancha autoritaria. Desde las nominadas cátedras nacionales, tanto los sectores más minoritarios de la izquierda marxista como desde la cada vez más amplia militancia social cristiana que confluía con el peronismo, continuaron ejerciendo el rol de maestros docentes comprometidos que pregonaban rol liberador que debía tener la universidad.

Por tanto el desplazamiento de esta imagen dicotómica entre la “edad de oro” y la “noche oscura”, por la de un proceso de agudización de los conflictos que se instalan a partir del proceso de desperonización, modernización y radicalización universitaria, nos permite ubicar mejor el correlato que se dió en la Universidad Nacional de Cuyo, aunque suele minimizarse su proyecto de transformación en comparación con otras universidades del país<sup>10</sup>.

#### **4. La UNCuyo en el posperonismo**

En Mendoza, la década del sesenta tiene sus especificidades. A pesar de la moderación de los gobiernos peronistas provinciales, la intervención impuesta por “la libertadora” arbitró los mismos mecanismos de persecución al peronismo que se implementaron en el escenario nacional. Sin embargo, no logró evitar su pervivencia a través de distintas organizaciones, así como en su creciente participación electoral. Si bien algunos grupos nacionalistas de derecha, buscarían activar en la provincia la acción partidaria minoritaria, la mayoría sin embargo, encontró en la Universidad un refugio donde mantener incólume la propagación de sus ideas.

En un breve excurso nos retrotraeremos a la historia de la UNCuyo, creada en 1939 bajo la impronta del conservadorismo, para dar cuenta de los componentes nacionalistas que la recorrían incluso antes de 1943, momento en que la oleada de intervenciones enviadas por el gobierno de facto impuso a los sectores más reaccionarios<sup>11</sup>, desplazando a los conservadores de los orígenes. Dicha tradición, aunque con ciertos matices diferenciales, se mantuvo durante los gobiernos peronistas, bajo el rectorado de Ireneo Cruz durante (1947-1954)<sup>12</sup> cuyo perfil humanista ayudó

---

<sup>10</sup> Cfr. Buchbinder, Pablo, *Historia de las Universidades Argentinas*, Bs. As., Sudamericana, 2005, p. 173.

<sup>11</sup> Desde el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, G. Martínez Zuviría nombraría a Carlos Pithod como Rector de la UNCuyo, quien sería sucedido por Rafael Guevara y Ramón Doll, mientras Tomás Casares sería el interventor de la UBA. Jordán Bruno Genta había sido enviado como interventor a la UNLitoral.

<sup>12</sup> Ireneo CRUZ, Bs. As. 1903- Mendoza 1955. Invitado por el Rector fundador de la UNCuyo E. Correas como Profesor en la recientemente creada FFyL de la UNCuyo. En 1943 rector interino del Colegio Universitario Central y en 1944 es Delegado Interventor en FFyL., y Director de la Inspección General de Enseñanza en la



encontrar puntos de clivajes entre las redes universitarias locales, que le permitieron responder a las exigencias que el gobierno nacional imponía por entonces a las universidades.

La gestión de Cruz no sólo dio lugar expansión de los servicios, sino que buscó proveer al gobierno nacional de una legitimidad académica, a través de la realización del famoso Congreso Nacional de Filosofía de 1949. La presencia y el discurso del ejecutivo nacional sobre “la comunidad organizada”, daban cuenta del interés por instalar una legitimidad filosófico-doctrinaria a través de la articulación entre universidad y política, que tendría como corolario la creación de los cursos de formación política. Los sectores tomistas, vinculados al nacionalismo, si bien cedieron la dirección en manos de Coriolano Alberini, tendrían una enorme presencia a través de figuras nacionales<sup>13</sup>.

Desde una posición crítica moderada, la gestión de Cruz fue evaluada con cierta ponderación: “... ningún otro rector hubiera podido hacer menos daño que el que Cruz pudo hacer en esa época difícil de la política argentina”<sup>14</sup>, mientras otros sectores afectados por las imposiciones del oficialismo no serían tan benevolentes en su evaluación<sup>15</sup>, sobre todo a partir del 1953, cuando se reforma la Ley Universitaria del 47, adjudicándole al estado la administración interna de las casas de estudio y las pautas de los cursos, lo que implicó una nueva expulsión de aquellos que se negaran a la adhesión explícita al gobierno ahora requerida. A partir de 1955 la separación entre los que habían adherido al régimen depuesto y sus detractores sería un parteaguas que atravesaría obviamente a los sectores nacionalistas, aunque las políticas de depuración en este caso debieron acotarse ante la preeminencia de mecanismos de aglutinación que supieron agregar intereses corporativos por sobre la coyuntura política.

En efecto, los intentos de la intervención universitaria conducida por el Rector Dr. Germinal Basso y el vicerrector Hernán Cortez, de llamar a concursos generalizados, dio lugar a fines de agosto de 1956, a una huelga prolongada con fuertes movilizaciones de profesores universitarios y de los colegios secundarios, en la que confluyeron tanto sectores católicos y nacionalistas como reformistas, aglutinados tras la defensa de las posiciones adquiridas, muchas de ellas con la afiliación al peronismo; lo cual terminaría con la renuncia del Rector y una política más acotada de

---

UNCuyo y en 1947. El PEN de acuerdo con la ley 13031 lo nombra Rector interventor de la misma entre 1948-1951 y 1951-1954.

<sup>13</sup>

Guido Soaje Ramos, Julio Soler Miralles, César Pico, Héctor LLambías, o relatores del catolicismo como Monseñor Octavio Derisi, Nimio de Anquín, el cura Meinvielle, así como referentes internacionales como el maurrasiano Jaime María de Mahieu, y los filósofos españoles Ángel González Álvarez y Ángel Millán Puelles, quienes serían profesores de la UNCuyo.

<sup>14</sup> Vicente Cicchiti en VVAA., *Memoria, Ob.Cit.*, p. 425.

<sup>15</sup> En 1956 se reincorpora a 57 profesores que habían sido cesanteados a partir de 1943, en Lacoste, Pablo, “*La UNCuyo y sus luchas*” en *Mendoza, Historia y perspectivas*, Diario Uno, 1997, p.140.

reestructuración universitaria<sup>16</sup>. Así convivirían dentro del ámbito académico los sectores que prestaron su adhesión al peronismo, tratando de ocultar lo que sería la mácula de la afiliación; junto con los reincorporados sectores del nacionalismo católico que reivindicaban el prestigio de haber resistido la presión oficial.

El caso de la FCPyS de la UNCuyo, las líneas de continuidad pueden explicarse en parte presencia constante de un conglomerado “nacionalista” que en su mayoría no había adherido al peronismo, y cuyas operaciones historiográficas estaban ligadas en parte al nacionalismo revisionista aunque atravesadas por posiciones tradicionalistas, hispanistas, católicas y conservadoras, que sin embargo supieron articular estrategias de pervivencia que excedieron el período que nos ocupa, amortiguando al principio, y exacerbado después, los conflictos que provenían del campo político. De hecho, sus postulados fueron receptados en los inicios sin demasiado recelo por el estudiantado, quienes reciclaron el significado de lo nacional con diversos signos y expectativas, proyectando una transformación social en términos de liberación nacional, dentro de los márgenes ampliados del peronismo proscripto y en sintonía con una escatología del cristianismo renovado.

Así mientras tanto el peronismo proscripto se abría en diversas organizaciones, los estudiantes universitarios que cuya militancia social se había producido a través del catolicismo renovado por su “opción por los pobres”, sobre todo a partir de la renovación que cristalizaría en el Concilio Vaticano II, y las conferencias episcopales latinoamericanas, absorbiendo insumos intelectuales de teólogos franceses y latinoamericanos, y optando por posiciones tercermundistas y revolucionarias, que engrosarían los cuadros de la JUP. Otros, en cambio, optarían por una línea nacional, defendiendo posiciones ortodoxas dentro del peronismo, priorizarían *la ideología por sobre la metodología y la nación sobre la revolución*, dentro de las organizaciones nacionales (FEN).

Ambas tendencias compartían un pensamiento nacionalista fundado en la reconversión historiográfica que el mismo hiciera en los años treinta, cuando los Irazusta denunciaron la alianza de la oligarquía con el imperialismo inglés y postulando la restauración de los valores de la tradición hispánica, y la religión católica a partir de la reivindicación del rosismo y su defensa de la soberanía nacional. Sin embargo, las líneas del revisionismo tendrían diferenciales en función de los posicionamientos políticos y académicos de los historiadores locales. Ciertamente el conglomerado del nacionalismo católico no fue ajeno a la necesidad de adquirir el prestigio profesional que requerían los cánones que Nueva Escuela Histórica procuraba establecer para la autonomización del

---

<sup>16</sup> Entre los profesores que lideraban la huelga cercanos a la gestión peronista de I. Cruz, católicos como P. Santos Martínez y progresistas como Arturo Roig; entre los que apoyaron inicialmente la gestión de G. Basso, los antiperonistas Rubén Calderón Bouchet Secretario General, representaba a los sectores católicos y el asesor D. Pérez Guilhou, al ala más conservadora.

campo de la política. Mientras algunos como Enrique Zuleta Alvarez adhería plenamente a las perspectivas irazustianas y al hispanismo de Maeztu, otros como Perez Guilhou, defendería los postulados nacionalistas desde las perspectivas más cercanas a la Nueva Escuela Histórica amasados en la UN de la Plata. En cambio personalidades como Rubén Calderón Bouchet o Enrique Díaz Araujo<sup>17</sup>, no temían posicionarse en la reacción y estaban dispuestos a confrontar explícitamente con la izquierda. Sin embargo, lo que fue más receptado por los estudiantes de entonces, fue la actitud combativa que el revisionismo reivindicaba frente a la historiografía liberal a la que asociaba con la legitimación de los vencedores.

En este sentido pueden percibirse aún dentro del enfrentamiento generacional que se iría acrecentado en la segunda mitad de la década del '60, existían ciertos sustratos comunes. Por un lado de orden filosófico- epistemológico, compartían una cosmovisión integral de la sociedad, que fuera acuñada en un tradicionalismo hispanista y perviviera en el catolicismo integrista, aunque ahora revestido de otros valores sociales. Por otro, una actitud de corte nacionalista que los perfilaba como intelectuales comprometidos con los intereses nacionales del presente, sin por ello abjurar del espacio académico, y algunos promoviendo las pautas metodológicas que la modernización de las disciplinas suponía.

### **5. La institucionalización de las ciencias sociales en la UNCuyo: nacionalismo, tradición y modernización**

El proceso de institucionalización académica universitaria de la ciencia política a nivel nacional, era un fenómeno bastante novedoso por entonces, que reconocía un lento camino de deslinde tanto de las humanidades como de las ciencias sociales. La de Cuyo fue la segunda carrera creada en el país, con un perfil más político que profesional, estuvo condicionado por la impronta de la tradición filosófica política del *estado justicialista*, expresada en el Congreso Nacional de Filosofía. A partir de 1950 el Instituto de Estudios Políticos impartiría cursos obligatorios de formación política para todos los estudiantes universitarios, acorde a lo estipulado por art.37 de la CN del '49, que versaban sobre filosofía política historia del pensamiento político, y al estudio de la historia americana y argentina<sup>18</sup>, los cuales en 1952 se funcionan con la *Escuela de Estudios*

---

<sup>17</sup> El programa de *Historia Argentina* de 1966 del referente más reaccionario del grupo, Enrique Díaz Araujo, incluía autores que iban desde la Nueva Escuela Histórica como las publicaciones de la A.N.H., de R. Levene y R. Zorraquín Beçu, pasando por los inspiradores de la renovación de la historia social J.L. Romero y E. Gallo, a la tradición revisionista de distinto signo: A. Saldías, V. Sierra, E. Busaniche, J. Irazusta, E. Palacios y R. Scalabrini Ortiz, para incluir las versiones de la izquierda nacional en las obras de R. Puiggrós, Ortega y Peña y J.A. Ramos.

<sup>18</sup> En 1950 se crea la Escuela de Estudios Diplomáticos, que dependía del Rectorado y expedía títulos de Licenciado para los Agregados en Servicio Exterior Argentino, o de Técnico para organismos internacionales. Por entonces también se proponía formar Agregados de Prensa, o Agregados Obreros. Cfr. Ficcardi Marcela y Elgueta Víctor M., "La Escuela de Estudios Políticos y Sociales (1950-1966). Primeras notas sobre la

*Políticos y Sociales* (EEPyS), que emitía el título de Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales, con una carrera de cuatro años de grado y la posibilidad de un posgrado de dos años para el Doctorado. Ese mismo año salía el *Boletín de Estudios Políticos* (BEP) cuyo primer número fue dirigido por uno de los mentores más destacados -aunque ciertamente olvidado-, el nacionalista Enrique Oliva, quien luego sería un referente nacional de la resistencia peronista y contaba con la colaboración de Alberto Falcionelli y Osvaldo Osorio, dos referentes del nacionalismo maurrasiano más extremo.

El segundo número estaría encabezado por un artículo de Arturo Sampay, donde explicitaba los fundamentos de ciencias políticas<sup>19</sup> y el rol del estado en la formación de una clase gobernante, fundada en un pensamiento aristotélico tomista en torno a tres núcleos disciplinarios: una Filosofía o Ciencia Política, una Sociología Política y una Historia Política, cuyo propósito era la formación moral de dirigencia, canalizada en un proyecto nacionalista, peronista y católico. Desde una perspectiva jurídica, que entendía a la CN del '49 como un proyecto y programa de gobierno, el art. 37, sobre la “enseñanza de la esencia del ser argentino, fundado en su realidad espiritual, económica, social, y política del país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina...” le permitía a Sampay desarrollar la necesidad de una pedagogía política que postulara una concepción esencialista y universal de nación, misión histórica fundada en el hispanismo cristiano. Para el jurista la historia nacional, debía dar cuenta acerca de cómo el *ethos católico* había sido conmovido por la heterodoxia moderna, así como debía hacer visible la visión revisionista de la historia que denunciaba los hilos regidos por el imperialismo y combatiendo *la historia falsificada*, como lo hacía Ernesto Palacio. Por ello proponía anclar los estudios de la Constitución de 1949 desde una sociología histórica, que explicara cómo la propuesta revolucionaria, que había sido escamoteada históricamente por la ideología del iluminismo liberal antinacional<sup>20</sup>, y rescatada por la línea nacional y popular, que representaba la tríada Rosas, Yrigoyen y Perón. Hacía confluir la perspectiva de un Scalabrini Ortiz que filtraba las tesis del leninismo sobre el imperialismo, con la de la Doctrina Social de la Iglesia, al tiempo que denunciaba las nuevas formas de penetración imperial, acuñados subrepticamente por Naciones Unidas tras los postulados de la libertad de expresión.

El golpe del '55 sin embargo tuvo sus repercusiones, la Escuela de Estudios Políticos fue reciclada de la impronta peronista bajo la dirección del por entonces joven militante radical Facundo

---

institucionalización de las carreras de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo” en *Millcayac, Anuario de la FCPyS*, año 4 N°4, UNCuyo, 2012, pp.75-93.

<sup>19</sup> Sampay, Arturo “La formación política que la constitución argentina encarga a las Universidades” en *BEPyS*, n° 2, Mendoza, 1952, p.11-53.

<sup>20</sup> Cfr. Sampay, Arturo, *La filosofía del iluminismo y la Constitución de 1953*, Bs As., Depalma, 1944.

Suárez, quien evitó en su corta gestión su disolución, imponiendo una política que algunos consideraron de conciliación, que dio lugar a la inclusión de nuevos profesores, programas y autores, así como nuevas publicaciones, sin que por ello se perdiera la línea nacional, su perspectiva historiográfica y el proyecto de formación de élites dirigentes con que se había creado.

Durante los años frondistas la gestión del primer Rector electo por Asamblea Universitaria, Pascual Colavita (1958-1961) - doctorado en Física en la reformista UNLPlata- sería un avance en materia de autonomía universitaria, pues instala un gobierno tripartito que dicta un nuevo Estatuto Universitario poniendo fin a la proscripción de los peronistas, con un régimen de concursos depurados<sup>21</sup>. Frente a la polémica en torno a la reglamentación del art. 28 del decreto ley 6403/55 que establecía la posibilidad de que universidades privadas expidieran títulos, la UNCuyo se declaró a favor del dictado de una ley de universidades privadas que contemplara financiamiento privado e injerencia del Estado en la habilitación de títulos y la supervisión de planes de estudio, estatutos y programas; lo cual no alcanzó para impedir que se sucedieran, aunque con menor virulencia, los conflictos estudiantiles que se venían manifestando en el resto del país. Los estudiantes a favor de la enseñanza libre, llamados morados, se agruparon en torno al Movimiento de Libre Universitario Cuyano y a la Federación de Estudiantes Libres, mientras que los partidarios del laicismo llamados verdes, lo hicieron a través de la Federación de Estudiantes Secundarios y del Movimiento Universitario Reformista Cuyano<sup>22</sup>.

La aprobación de enseñanza libre dio lugar a que en el país se crearan varias carreras de Ciencias Políticas dentro del ámbito privado<sup>23</sup>. En Mendoza a fines de 1959, se procedería a crear la primer privada no católica del país, la Universidad de Mendoza, cuya Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales otorgaría el título de Abogado, respondiendo a una vieja demanda social que fue rechazada por la UNCuyo, por temor a ser absorbidos por los sectores liberales conservadores. Así, una especificidad de Cuyo, en relación a otras experiencias académicas del país, fue la prioridad de la Ciencia Política por sobre el Derecho y la Sociología; y del ámbito público por sobre el privado.

---

<sup>21</sup> Entrevista a A. Roig Secretario de la gestión de Colavita en Lacoste, P., "La universidad..." *Ob. Cit.*

<sup>22</sup> Según testimonios en la ECPyS entre los defensores de la libre estaban estudiantes que con el tiempo serían referentes del progresismo: F. Martín, E. Tenti Fanfani, E. Bustelo, E. Issuani, y O. Molina Cabrera, entre los profesores el porteño L Triviño, por entonces dirigente de la democracia cristiana y sobre todo E. Ander Egg, Tenían buenas relaciones con el Centro de Estudiantes de FFyL donde militaban A. Martínez, E. Dussel, H. Cerutti, etc. Entre los desarrollistas se encontraban E. Onofri, Barbisan, Rosomando M. Á. Riso y R. Martí.

<sup>23</sup> En 1957 se crea la Universidad del Salvador y el Instituto de Ciencias Políticas que en 1969 dirige por C.Floria, en 1958 se crea la Universidad Católica Argentina, y recién en 1973 aparece la carrera de grado. La UCA en Mendoza crearía la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en 1962.

En 1958 la *Escuela* pasó a denominarse *Superior*, comenzando un proceso de autonomización, que le permitiera tener sus propias autoridades<sup>24</sup> y presupuesto hasta que en 1967 a través de las gestiones del entonces Director Dardo Pérez Guilhou ante el Ministro del Interior y Educación Guillermo Borda y con el apoyo de estudiantes y un grupo de profesores del conglomerado nacionalista<sup>25</sup>, se crea *Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*. De la impronta nacionalista del peronismo de los orígenes, permanecería con fuerza la intención de formar una dirigencia política sostenida por una especie de filosofía de la virtud, fundada en disciplinas humanísticas y en la filosofía aristotélico tomista, sin que la nueva impronta científicista acuñada en el estructural funcionalismo parsoniano de origen norteamericano, lograra desplazar los contenidos de historia, derecho y filosofía que quedaron en manos de los sectores más tradicionalistas.

Sin embargo, los impulsos para profesionalizar la disciplina y autonomizarla de la política práctica pugnaron por dejar de lado el antipositivismo que impregnaba a la tradición del humanismo clásico de corte ensayístico interpretativa con fuertes filiaciones europeas, para formar especialistas expertos en la indagación empírica, que desplegaran el rol profesional del cientista social, abocado a la problemática de la modernización y el desarrollo, muchos de ellos en sintonía con el paradigma estructuralista de los años sesenta. Para ello acudirían a la formación de posgrado en la FLACSO Chile<sup>26</sup>, o en Universidades norteamericanas y francesas, impulsados por las políticas de vinculación institucional de las gestiones fundadoras y por el patrocinio de organizaciones internacionales, así como también se incentivarían las invitaciones a destacados especialistas, tanto franceses como George Bourdeau, italianos como Pier Luigi Zampetti, como norteamericanos como Robert Dahl.

Esto fue acompañado por una renovación de los planes de estudio a fines de los sesenta que preveía una formación común de dos años y luego tres de especialización en Sociología o en Ciencia Política en singular, haciendo alusión a los desarrollos teóricos de la misma en los países del

---

<sup>24</sup> Existieron múltiples pedidos de creación de una Facultad, vinculada al Derecho en principio y luego gestionadas por su director Juan Carlos Molina y comisiones asesoras que ya bregaban por la autonomización del campo, como lo acreditaba una reforma del Plan de estudios que había llevado la carrera a 5 años. Cfr. Ficcardi y Elgueta, *ob cit.*

<sup>25</sup> Entre los colaboradores nacionalistas el doctor Benigno Martínez Vázquez, el Cnel. retirado Jorge Atencio, Rubén Calderón Bouchet y Enrique Zuleta Álvarez y nacionalistas vinculados al peronismo E. Lonardelli, Francisco Leiva Hita, quien había sido echado en 1955 de Ciencias Económicas junto con Rey Tudela y Julio Soler Miralles, que ingresarían por concurso en Ciencias Políticas. Por entonces contaban con 480 alumnos, frente a los 600 de FFyL.

<sup>26</sup> El convenio de la Facultad con FLACSO estipulaba 4 becarios para estudiar Ciencias Políticas en Chile. Se formaron allí Horacio González Gaviola, Yolanda Borquez y Adela Britos, luego los primeros egresados Susana Becerra, Aldo Issuani -que luego haría su doctorado en EU-, Ernesto Bustelo -luego trabajaría en CEPAL-Bs.As. y en UNICEF- y Raúl Servini y Francisco Martín quienes sostendrían proyectos renovadores en los '70 bajo el breve decanato Emilio Tenti Fanfani, formado en Francia, a los que se unirían luego Mónica González Gaviolla y su esposo José Octavio Bordón, formados en el Salvador. Cfr. entrevistas en J. Ozollo y M. Padilla en *Historia de la sociología en Mendoza*, Informe Secyt, 2007-2009, gentileza del autor.

norte y Administración Pública que aparecía como nuevo. Entre las innovaciones propuestas por una comisión formada por Francisco Leiva Hita, Julio Soler Miralles, Alejandro Rey Tudela, Orlando Molina Cabrera, Enrique Zuleta Alvarez con asesoramientos como el de Emilio Mignone, funcionario de la OEA y miembro del CONADE y Horacio Godoy, Director de la Escuela de Ciencias Políticas y Administración de FLACSO Chile, se daría cabida en los institutos de investigación que entendían a las ciencias sociales no sólo como desarrollo teórico o erudición, sino como un modo de intervención en lo social, a través de la articulación entre conocimiento y práctica. Por ejemplo el de *Desarrollo y Planificación económica* con economistas como Francisco Leiva Hita, Alejandro Rey Tudela y J. Rodríguez Arias, geógrafos Miguel Marzo, y politólogos como Orlando Molina Cabrera, quien destacaría por su formación en Francia con el Padre Michel J.P. Ramlot, discípulo de Levret y Perrot, representantes de la línea del desarrollismo católico, que impactaría en Mendoza una especie de *avant garde* ambientalista. Además en la inclusión de nuevas asignaturas como *Antropología Social y Cultural* a cargo de Luis Triviño, de *Psicología Social*, aunque en ella se desempeñara el católico integrista Abelardo Pithod, y *Análisis Matemático* para los años en común, así como asignaturas metodológicas y seminarios para los años de especialización.

Pero sobre todo, se destacaría la autonomización de la Sociología como carrera en 1968<sup>27</sup>, cuyos antecedentes datan de 1956 cuando desde la cátedra de Sociología en la FFyL, bajo el impulso de la filósofa y pedagoga de originaria militancia comunista Angélica Mendoza, iniciara una serie de proyectos de investigación con enfoques empíricos sobre la problemática social local: la cárcel, el barrio San Martín y los inmigrantes bolivianos<sup>28</sup>.

Así en los inicios de la institucionalización de las ciencias sociales no es tan fácil deslindar el campo tradicional, vinculada a la erudición de los viejos maestros y a los enfoques históricos jurídicos, de las innovaciones que se incorporan en función de los paradigmas científicistas de las ciencias sociales de entonces. Sin embargo al observar los itinerarios biográficos, podemos dar cuenta de que existieron vasos comunicantes entre ambos. Sólo a manera de ejemplo, el caso de

---

<sup>27</sup> En 1957 en la UBA se crea el Dpto y la Carrera de Sociología. La existencia de la disciplina se advierte desde los años '40, cuando se crea el Instituto de Sociología en la FFyL. y se publica el Boletín, cuya dirección Ricardo Levene le confiaría a Germani. Levene, máximo referente de la Nueva Escuela Histórica, titular de Sociología en las FFyL de la UBA y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en la UNdelaplata, tendería las primeras redes internacionales a través de la formación del Instituto Internacional de Sociología en América. Cfr, Blanco, I. Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

<sup>28</sup> Por su prematuro fallecimiento el tomista Luis Campoy se hizo cargo del *Instituto de Sociología*, lo cual dio lugar a que en los relatos de filiación de los orígenes se olvidara remitir a la verdadera pionera en la disciplina.

Horacio Godoy<sup>29</sup>, vinculado a la militancia nacionalista y católica, por su formación de posgrado en los Estados Unidos y su desempeño como Director de la ELACPyAP de FLACSO<sup>30</sup>, se acreditaría como un agente innovador del campo, que propendió a la inserción de la Facultad en los circuitos internacionales, pero en íntima colaboración con el decano Dardo Pérez Guillhou, quien a pesar de estar vinculado a sectores más conservadores, promovería la formación de una generación de destacados egresados<sup>31</sup>.

Ciertamente la tensión entre tradicionalistas y modernos adquiriría con el tiempo mayor carga ideológica, ocultando otros puentes comunicantes que abrían existido en los inicios entre los contenidos del nacionalismo católico como nutriente de posiciones revolucionarias de la izquierda nacional, y del conservadorismo con la formación del campo científico académico, así como la posterior confluencia de sectores modernizantes y desarrollistas con la derecha liberal por un lado y el democratismo social por otro, mientras nacionalistas de derecha e izquierda se radicalizaban en un violento enfrentamiento.

---

<sup>29</sup>Cfr. Fares, M. C., *La Unión... Ob. Cit.* y A. Abarzúa, “Aportes para la comprensión de las relaciones entre el campo académico y la cooperación internacional: tras las pistas de Horacio H. Godoy” en *Revista: Sociedad Hoy*, UCChile, 2012

<sup>30</sup> Cfr. Beigel, Fernanda, “La FLACSO chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)” en *Revista Mexicana de Sociología* 7, 1 n° 2, abril-junio 2009, pp. 319-349.

<sup>31</sup> Según testimonios “...en realidad nosotros nos equivocamos mucho al hacer críticas a estos viejos, ya que habían hecho un pacto con los jóvenes. Los viejos tenían una idea de aggiornar la facultad, eran conscientes de que ellos no estaban preparados para eso,... creo que hay que hacer una revisión histórica y hay que reconocerles el papel que ellos jugaron. Entrevistas en Ozollo... *Ob.Cit.* p.452.